



I

PRIMER CHIRRIDO

El perol fué el que comenzó! Sobrado sé que la señora de Peerybingle dice lo contrario; pero no me importa. ¡Que esa señora esté hasta la consumación de los siglos jurando por lo más sagrado que no puede asegurar cuál de los dos empezó! yo, por mi parte, digo que fué el perol. Y creo que debo de saberlo bien. El perol empezó cinco minutos antes que el grillo dejase oír un solo chirrido, cinco minutos largos del relojito holandés de esfera barnizada que había en la rinconera.

¡Como si no hubiera acabado de dar el reloj; como si el pequeño segador de movimientos bruscos y nerviosos que lo corona, paseando de derecha a izquierda la guadaña, y luego de izquierda a

derecha, ante la fachada de un palacio morisco, no hubiera segado medio acre de césped imaginario antes de que entrase en danza el grillo!

Verdad es que, como todos saben, no soy obstinado. Y por nada del mundo quisiera oponer mi opinión personal a la opinión de la señora de Peerybingle, si no estuviese completamente seguro de la cosa. Soy incapaz de ello en absoluto. Pero se trata de un hecho, y el hecho es que el perol comenzó por lo menos cinco minutos antes de que el grillo diera señales de vida. Y si se os ocurre contradecirme, apuesto a que eran diez minutos.

Dejadme que cuente exactamente cómo sucedió la cosa, que es lo que hubiera debido hacer desde mi primera palabra, a no ser por la sencillísima consideración de que, si cuento una historia, he de comenzar por el principio... y ¿cómo queréis que empiece por el principio, si no comienzo por el perol?

Parecía que hubiese lucha, entendámonos, quiero decir un asalto de talento musical entre el perol y el grillo. Y he aquí el origen y la continuación.

La señora de Peerybingle, que salió al anochecer frío y húmedo, haciendo crujir contra el cenagoso suelo un par de patines cuyas huellas reproducían toscamente a todo el rededor del patio

una multitud de figuras circulares del primer postulado de Euclides; la señora de Peerybingle, digo, había ido a llenar el perol a la fuente. De vuelta ya, salvo los patines, que no es poco, puesto que eran altos, y la señora de Peerybingle era, por el contrario, muy pequeña, puso el perol al fuego. Hecho lo cual, perdió ella la sangre fría o al menos olvidó momentáneamente la paciencia de su carácter; porque como el agua estaba entonces con una frialdad glacial, en ese estado de granizo resbaladizo y líquido en que se infiltra hasta el corazón de todas las substancias, incluso de los círculos de hierro que sostienen los patines, no respetó los dedos de los pies de la señora de Peerybingle, y hasta había salpicado de barro sus piernas. Ahora bien, cuando estamos algo orgullosas de nuestras piernas, y hay motivo para estarlo, y queremos particularmente tener siempre limpias las medias, no podemos menos, en un principio, de hallar muy dura de sufrir esa pequeña prueba.

Además, el perol tenía una obstinación muy propia para impacientar. No quería encajar en la barra superior de la rejilla, no quería prestarse a amoldarse a las sinuosidades del carbón; inclinábase hacia adelante con modales de borracho, y entretanto, escurría como

un tonto, sobre el hogar. Ponía mala cara, silbaba y gruñía en el fuego, con tono de mal humor. Y no es eso todo: la tapadera, resistiéndose a los dedos de la señora de Peerybingle, empezó por volverse invertida; luego, con ingeniosa terquedad, digna de mejor causa, sumergiéndose de canto hasta el fondo del perol. No opuso para salir del agua, el casco del *Royal-George*, la mitad de la monstruosa resistencia que la tapadera opuso a los esfuerzos realizados por la señora de Peerybingle para sacarla y volver a ponerla en su sitio.

Y aun entonces mostrábase gruñón e insociable el desdichado perol, ostentando con aires de bravata el asa y alzando burlona e impertinente el pico hacia la señora de Peerybingle, como diciendo: «¡Yo no quiero hervir, no! ¡Nada podrá obligarme a ello!»

Pero la señora de Peerybingle, que había recobrado el buen humor, se restregó las manitas regordetas, para quitarles el polvo, y sentóse riendo delante del perol. A todo esto, la llama subía y bajaba alternativamente, proyectando esplendentes rayos sobre el diminuto segador colocado en lo más alto del reloj holandés, y esparciéndolos tan bien, que pudiera creerse plantado allí el segador, inmóvil como un poste, ante el palacio morisco, y que sólo se meneaba la llama.

No obstante, el segador se movía, tenía espasmos, dos por segundo, siempre con la misma regularidad. ¡Pero qué horroroso era ver los padecimientos que le invadían cuando iba a sonar el reloj! Cuando el cuco sacaba por la corredera del palacio la cabeza, y cantaba seis veces su nota, cada uno de sus gritos estremecía al segador, cual si fueran voces de fantasma, o como si cada vez le tirasen de un alambre de latón atado a las piernas.

Y sólo tras violenta sacudida, y una vez terminado del todo el rechinamiento de las cuerdas y los pesos situados bajo él, sólo entonces volvía en sí el pobre y espantado segador. Y no sin razón temblaba, porque esos ruidosos esqueletos de relojes, con su inquietante retiñir, capaces son de desconcertar a una persona mayor, en el curso de sus operaciones; y mucho me extraña que haya habido hombres, sobre todo holandeses, que se hayan entretenido en inventarlos. En efecto, según creencia popular, a los holandeses gustan anchas fundas y vestidos holgados, para taparse de arriba abajo; por consiguiente, hubieran hecho bien, por analogía, en no dejar los relojes desnudos y sin protección en las regiones inferiores de su individuo.

Ahora bien, en ese momento, fué

cuando el perol, tornándose tierno y musical, empezó a sentir en la garganta su irresistible gorjeo y a permitirse cortos ronquidos que interrumpía a la primera nota, como si no estuviera muy seguro de que fuesen de buena educación. ¡En ese momento fué cuando, después de dos o tres vanas tentativas para ahogar sus sentimientos expansivos, desterró todo humor triste, toda reserva, y dejó escapar de pronto un torrente de notas tan alegres y gozosas, que nunca el ruiseñor estúpido concibió la menor idea de ellas! ¡Y tan sencillas!... Hubierais podido, a Dios gracias, comprender ese canto, como un libro, tal vez mejor que muchos libros que vosotros y yo podríamos nombrar. Con su cálido aliento, exhalado en ligera nube que subía coqueta y graciosa a una altura de algunos pies, permaneciendo luego suspensa en el ángulo de la chimenea, como en su cielo doméstico, imprimió el perol tanta inspiración y energía a la continuación de su canto, que su férreo cuerpo lo tarareaba y se zarandeaba en el fuego; y hasta la misma tapadera, la tapadera antes rebelde (¡cuán grande es la influencia del buen ejemplo!) ejecutó una especie de jiga, produciendo un ruido análogo al de un címbalo joven, sordo y mudo, que nunca haya conocido el contacto de su hermano gemelo.

Que ese canto del perol fuese un canto de invitación y bienvenida dirigido a alguien de fuera, a alguno que en aquel momento se encaminaba al pequeño hogar doméstico y al chispeante fuego, no deja lugar a la menor duda. Y la señora de Peerybingle lo sabía perfectamente, en tanto que soñaba sentada ante el hogar. «Es de noche cerrada, cantaba el perol, y las hojas muertas cubren el camino; por encima, todo es obscuridad y niebla; por abajo no hay sino barro y lodo; en la atmósfera triste y sombría no hay más que un punto en donde poder posar la mirada; y aun éste no es sino un resplandor rojo y siniestro, en el lugar en donde el sol y el viento reinan. No es más que un fuego rojo que mancha las nubes, para castigarlas por el tiempo que hace. La vasta campiña no es, en toda su extensión, sino larga faja negruzca de lúgubre aspecto. La escarcha tapa el poste indicador. En el camino, hay hielo; el agua no se ha helado aún y, sin embargo, ya no está libre; nada conserva su forma natural; pero ¡he aquí que viene, que viene!...»

Y en ese momento fué cuando entró en juego el grillo, con un crri, crri, crri de magnífica amplitud, para hacer coro; y todo esto con una voz tan sumamente desproporcionada a su tamaño, comparado con el perol, (¡su tama-

ño! ¡ni siquiera hubierais podido verlo!) que, si, por casualidad, hubiese estallado como un cañón con excesiva carga y hubiese quedado en el sitio, víctima de su celo, con el cuerpo destrozado en mil pedazos, esto no hubiera parecido sino consecuencia forzosa, inevitable, de sus esfuerzos sobrenaturales.

El perol había concluido de ejecutar su solo. Perseveró con ardor siempre igual; pero tomóle el grillo ventaja y se mantuvo en ella. ¡Dios mío! ¡y cómo gritaba! su voz trémula, aguda y penetrante a la vez, resonaba en la casa y parecía titilar como una estrella en medio de la obscuridad que reinaba fuera. Había en sus notas más altas un ligero temblor que inducía a creer que, arrastrado por la intensidad de su entusiasmo, no permanecía en equilibrio sobre sus patas y veíase obligado a dar botes y brincos. Y, sin embargo, juntos marchaban muy bien, el grillo y el perol. Continuaba el estríbillo de la canción y hasta lo repetían, cada vez con voz más fuerte, por efecto de su mutua emulación.

La linda escuchadorcita, que linda y joven era, si bien un tanto de lo que llaman regordeta, que, para mi gusto particular no es mayor inconveniente, encendió una candela, echó una ojeada al segador que coronaba el reloj, el cual

hacía buena cosecha de minutos, y miró por la ventana a la calle, cuya obscuridad no le permitió ver más que su rostro reflejado en el cristal. Verdad es, en mi concepto (y seguro estoy de que en el vuestro también) que hubiera podido buscar muy lejos, sin ver nada tan agradable. Cuando volvió a sentarse a su sitio, perol y grillo afanábanse todavía en cantar con una especie de furiosa competencia, ya que el flaco del perol era indudablemente no saber cuando quedaba vencido.

Había entre ellos toda la animación de una carrera. ¡Crri, crri, crri! Inmensa ventaja lleva el grillo. ¡Hum, hum, hummm!... El perol zumba tras él como enorme peonza. ¡Crri, crri, crri! El grillo dobla la esquina. ¡Hum, hum, hummm!... el perol se le acerca mucho, va pisándole los talones; no temáis que retroceda. ¡Crri, crri, crri! El grillo está más floreciente que nunca. ¡Hum, hum, hummm! El perol anda despacito, pero es sólido. ¡Crri, crri, crri! El grillo va a rematarlo. ¡Hum, hum, hummm! El perol no quiere que lo rematen. Hasta que, al fin, se enredaron y se confundieron juntos de tal modo, en el desorden y la precipitación de la carrera, que para decidir con precisión si era el perol quien gritaba y el grillo el que zumbaba, o si éste era quien chillaba y

el perol el que roncaba, o si ambos gritaban y roncaban juntos, fuera preciso tener mejor cabeza que la mía y acaso también que la vuestra. Pero es cosa indudable que el perol y el grillo, en un solo y mismo momento, y por el poder de una combinación que sólo es de ellos conocida, enviaron cada cual su consoladora canción desde el rincón del fuego hasta un rayo de la luz que, brillando a través la ventana, iba a hundirse en el fondo del camino vacío; y esa luz, dando de lleno a cierta persona que en el mismo instante llegaba por aquel sitio entre tinieblas, explicóle todo en un abrir y cerrar de ojos (al pie de la letra) y le gritó: «¡Sé bienvenido en tu casa, caro amigo! ¡Bienvenido seas en tu casa, muchacho!»

Conseguido este objeto, el perol, derrotado por completo, derramó encolezado su contenido hirviendo y fué sacado del fuego. Al punto corrió la señora de Peerybingle a la puerta, en donde el ruido de las ruedas de un carricoche, el paso de un caballo, la voz de un hombre, las idas y venidas de un perro loco de alegría, y la aparición tan sorprendente como misteriosa de un niño en pañales, producían un barullo en medio del cual era difícil entenderse.

De dónde venía el niño y por qué lo cogió en brazos, en menos de un segun-

do, la señora de Peerybingle, cosas son que ignoro en absoluto; pero lo cierto es que un niño lleno de vida estaba en los brazos de la señora de Peerybingle, que parecía sumamente orgullosa de ello, cuando fué atraída amablemente hacia el fuego, por un hombre de compleción robusta, mucho más alto y maduro que ella, y que se vió precisado a doblarse en dos para abrazarla; mas ella lo merecía bien.

Denme a mí seis pies y seis pulgadas, aunque me exponga a un lumbago, y me encargaré gustoso de hacer otro tanto.

—¡Santo cielo! John—dijo la señora de Peerybingle, — ¡en que estado vienes con el tiempo que hace!

En efecto, no podía negarse que se había resentido del tiempo. La densa niebla caía de las pestañas en gotas congeladas, que semejaban estalactitas, y la acción simultánea de la humedad y del fuego, hacía brillar verdaderos arcos iris hasta en sus patillas.

—¡Eh! ¡Ya ves, hijita mía!—respondió lentamente John, desarrollando una hopalanda que le rodeaba el cuello y calentándose las manos.—¡No es precisamente tiempo de verano! Por consiguiente, nada tiene de particular.

—Desearía acostumbrarte a no volver a llamarme «hijita mía», John; no me gusta ese nombre—dijo la señora de

Peerybingle, haciendo un gracioso mohín que claramente indicaba que, por el contrario, le agradaba mucho.

—¿Pues cómo quieres que te llame?— preguntó John, dirigiéndole una mirada acompañada de una sonrisa y apretándole el talle con un abrazo tan suave como podían permitirlo su manaza y su brazo de gigante.—Hijita mía con su... —Eché una ojeada al niño.—Mi hijita con su... No, no quiero decir: su hijito, por miedo a estropear lo que iba a decir; pero he perdido la ocasión de dar una broma; y creo no haber estado nunca tan cerca de ello...

Según él, siempre estaba a punto de decir algo ingeniosísimo, aquel largo, lento y honrado John; pero si tenía el cuerpo pesado, no dejaba de tener genio alegre y ligero; si era rudo en la superficie, no dejaba de tener amable fondo; era algo torpe por fuera; pero, por dentro, muy avispado; un tanto inocente, pero bonísimo. ¡Oh madre Naturaleza, da a tus hijos la verdadera poesía del corazón que se ocultaba en el pecho de ese pobre trajinero (porque, dicho sea de paso, no era sino trajinero), y con gusto seguiremos sus conversaciones en prosa vil, como también los episodios de su prosaica existencia, y hasta tendremos que agradecerle el placer que en su compañía hallemos!

Daba gusto ver a Dot, con su corta estatura y el nene en brazos, una verdadera muñeca, mirar el fuego con soñadora coquetería e inclinar a un lado su delicada cabecita, justo lo bastante para dejarla descansar de modo especial, medio natural y medio estudiado, en el nido que se había hecho, muy graciosamente, después de todo, en el ancho y rudo hombro del trajinante. Gusto daba ver a éste con amable torpeza, afanarse por adaptar su tosco apoyo a las necesidades de la tierna criatura y convertir su ya madura virilidad en báculo de juventud para la edad delicada de su linda esposa. Daba gusto ver cómo Tilly Slowboy, la criadita, que esperaba en el fondo que le dieran el niño, contemplaba con sus ojos de catorce años aquel grupo: cómo permanecía allí, con los ojos desmesuradamente abiertos y abierta también la boca, la cabeza inclinada, aspirando con avidez aquel aire salubre de la vida de familia. Y era de ver también cómo John el carretero, ante una observación que a propósito del susodicho nene le hizo Dot, contuvo la mano en el momento de tocar al niño, cual si temiera hacerle crujir entre sus dedos, y con el cuerpo inclinado, limitóse a mirarle atentamente a respetuosa distancia, con una a modo de arrogancia mezclada de turba-

ción, en fin, con la expresión de un tuntuero que el día menos pensado se viese padre de un canario.

—¿Verdad que es guapo, John? ¿Verdad que es encantador cuando duerme?

—Muy encantador, no cabe duda—dijo John:—y duerme casi siempre ¿verdad?

—No, John, ¡por Dios!

—¡Ah!—dijo John, al parecer pensativo,—creí que tenía los ojos generalmente cerrados. ¡Hola!

—¡Cielo santo! ¡Cómo haces temblar al pobrecito, John!

—Verdad es; de nada le sirve dar vueltas a los ojos así en el aire, ¿no es eso?—dijo asombrado el trajinero.—¡Mira como guiña ambos ojos a la vez! mírale la boca; ahí está, abriéndola y cerrándola como un pez en la pecera.

—No mereces ser padre; no, no lo mereces—dijo Dot, con toda la dignidad de una matrona llena de experiencia.—¡Y cómo vas a conocer las pequeñas enfermedades que afligen a los niños, John, si ni siquiera sabes sus nombres, tontuelo!

—No—dijo John, quitándose la hopalanda;—verdad es que no entiendo de eso. Todo cuanto sé es que esta tarde he tenido que sostener ruda lucha con el viento. Soplabá del noroeste, y, al volver nosotros, atacaba al carricoche de frente, durante todo el camino.

—¡Habrás visto! ¡pobre hombre!—exclamó la señora de Peerybingle, tornándose al punto prodigiosamente activa.—Tilly, coja usted este pequeño tesoro, en tanto que voy a servir para algo... ¡Dios mío! ¡Creo que le ahogaría a fuerza de besos! ¡Sal de aquí, chuchol... ¡Quieres largarte, Boxer!... Espera que prepare primero el té, John; luego, «cual diligente abeja», te ayudaré a arreglar los paquetes y lo otro... ¿No aprendiste, cuando ibas a la escuela, John, aquello de «como la abejita...»

—No lo bastante para saberlo del todo—respondió John.—Cerca le anduve una vez; pero me parece que sólo hubiera conseguido estropearlo.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Dot, soltando una carcajada. (Tenía la risita más alegre que hayáis podido oír).—¡Eres un bobalicón adorable de veras, John!

Sin discutir lo más mínimo sobre este punto, salió John, para ver si el mozo de cuadra, armado de un farol que desde hacía rato veíase danzar ante la puerta y la ventana, a manera de fuego fatuo, había almohazado bien el caballo, seguramente mucho más gordo de lo que creeríais si os diera yo sus dimensiones, y tan viejo, que la fecha de su nacimiento se perdía en la noche de los tiempos.

Boxer, reconociendo que toda la fami-

lia tenía derecho a sus atenciones, que debían ser repartidas imparcialmente entre cada uno de sus miembros, entraba y salía con desordenada agitación, ora describiendo un círculo de bruscos ladridos en torno del caballo, en tanto que le cepillaban a la puerta de la cuadra, ora fingiendo abalanzarse como una fiera sobre su ama y deteniéndose por sí solo ante ella con chistoso aspecto; ya arrancando un grito de espanto a Tilly Slowboy, sentada junto al fuego en la sillita pequeña, y aplicándole cuando menos lo esperaba el húmedo hocico en la mejilla; ya demostrando por el niño un interés indiscreto, ya girando sobre sí mismo delante del hogar, un número infinito de veces, antes de acostarse, como para instalarse allí por toda la noche, y luego levantándose y yendo a menear afuera el empinado rabito, como si acabase de recordar una cita y saliese al trote largo para no faltar a ella.

«¡Ya! ya está la tetera preparada en el fuego—dijo Dot, tan seriamente atareada como una niña que juega a comiditas.— ¡He aquí el codillo frío, la manteca, el panecillo cuscurreoso y lo demás! Aquí un cesto ralo para los paquetes pequeños, si los tienes, John. Pero ¿en dónde estás John? ¡Cuidado no se caiga el niño bajo la rejilla, Tilly!

Conviene saber que, a pesar de la viveza con que rechazó esa observación, miss Slowboy se pintaba sola, de modo raro y sorprendente, para dejar al nene en posiciones apuradas; varias veces había expuesto ya la frágil existencia del niño, con una sangre fría que sólo tenía ella. La joven era alta y delgada, de manera que sus vestidos parecían siempre dispuestos a resbalar de sus hombros, en forma de percha, de los cuales estaban colgados con descuido. Tenía su traje la notable particularidad de que siempre que se presentaba ocasión, enseñaba el despliegue parcial de algún pedazo de franela de singular corte y dejaba ver por la región de la espalda alguna punta de los cordones del corsé, color verde botella. Como se hallaba en perpetuo estado de admiración ante cualquier cosa, y absorta además en la contemplación constante de las perfecciones de su ama y del niño, puede decirse que los pequeños descuidos originados por las distracciones de miss Slowboy hacían el mismo honor a su corazón que a su cabeza, y aunque no honrasen tanto la frente del niño, que, en semejantes circunstancias poníase harto frecuentemente en contacto con las puertas, los aparadores, las barandas de escalera, la madera de las camas y otras substancias heteróge-

neas, esto no era, en medio de todo, sino el resultado halagüeño del asombro que sin cesar experimentaba Tilly Slowboy al verse tan bien tratada e instalada en tan cómoda casa. Porque los Slowboy, tanto por la rama paterna como por la materna, eran otros tantos mitos desconocidos en la historia. Tilly había sido criada por la caridad pública, era hija de la inclusa, y como no son los expósitos niños mimados, su condición, aunque molesta, pareciale más feliz.

Os hubiera divertido, casi tanto como al mismo John, ver a la joven señora de Peeribynge volver con su marido, arrastrando el famoso cesto y realizando los más enérgicos esfuerzos para no hacer nada (puesto que, al fin y al cabo, quien lo arrastraba era John). Y hasta no sería imposible que divirtiera igualmente al grillo esa escenita; tentado estoy de creerlo, pues es lo cierto que éste empezó a cantar con nuevo ardor.

—¡Eh! ¡Eh!—dijo John lentamente, según su costumbre.—¡Páreceme que esta noche está más contento que nunca!

—¡De seguro nos presagia algo bueno, John! Siempre ha sido de buen agüero para nosotros. ¡Tener en el hogar un grillo es la mayor dicha del mundo!

Miróla John, como si estuviera a punto de creer que, en ese caso, era ella su grillo jefe, y que a este respecto, opi-

naba él exactamente lo mismo que ella. Pero debió de ser aquella una de esas ocasiones en que dejó de decir una agudeza, porque nada dijo.

—La primera vez que oí su alegre cancioncilla, John, fué la tarde que me trajiste a tu casa, cuando me introdujiste aquí, en mi nueva morada, para ser su amita. Hace cerca de un año. ¿Lo recuerdas, John?

¡Oh! ¡sí! John se acordaba de ello; ¡no se iba a acordar!

—¡Su ligero chirrido me daba la bienvenida tan expresivamente! ¡Parecía tan fecundo en promesas y en dar alientos! Parecía decirme que serías amable y bueno para mí, y que no esperabas (entonces yo lo temía, John) hallar una cabeza vieja sobre los hombros de tu cuela mujercita.

John, con semblante pensativo, dió a Dot un golpecito amistoso en el hombro y otro en la cabeza, como si quisiera decir: «¡No, no; no presumía yo tal cosa; ni me quejo de lo que he encontrado». Y le sobraba razón: no era tan malo lo que había encontrado.

—El grillo decía la verdad, John, cuando semejaba prometérmelo; porque siempre has sido para mí el mejor, el más atento y más cariñoso de los maridos. Me has hecho muy feliz en esta casa, John, y por eso quiero al grillo.

—En ese caso, yo también le quiero, Dot—dijo el trajinero—también yo le quiero.

—Le quiero por los buenos pensamientos que su inocente música ha engendrado en mí cada vez que he podido oírlo. A veces, por la tarde, al acercarse la noche, al sentirme yo algo sola y triste, antes de que estuviera aquí el niño para hacerme compañía; cuando llegaba yo a pensar lo desconsolado que te quedarías si me muriese, y cuánto lo estaría yo, a mi vez, si pudiera saber que me habías perdido, querido John, su crri, crri, que salía del hogar, parecía hablarme con otra vocecilla, tan dulce, tan querida de mi corazón, que su primer sonido pronto desvanecía mi pena, como se desvanece un sueño. Y cuando yo temía (lo temí al principio, John; ¡era yo tan joven, como sabes!) que nuestro enlace fuese un matrimonio mal acomodado, pues yo era casi una niña, y tú parecías más bien mi tutor que mi marido, cuando temía yo que, a pesar de tus esfuerzos, no llegases a amarme como esperabas, como deseabas, su crri, crri, hacía me recobrar ánimo y me llenaba de nueva confianza. En todas esas cosas pensaba yo esta noche, querido mío, sentada aquí esperándote, ¡y he ahí por lo que quiero al grillo!

—Y yo también—repitió John.—¿Pero qué es eso de que yo deseo y espero poder llegar a amarte?... ¿Qué quieres decir?... ¿Y cómo hablas de ese modo?... ¡Tiempo hacía ya que lo conseguí, al traerte aquí para ser la amita del grillo, Dot!

La esposa colocó un momento la mano en el brazo del marido y miróle emocionada y como presa de cierta agitación, cual si quisiera decirle algo. Un instante después, estaba arrodillada delante del cesto, charlando con voz animada y atareada con los paquetes.

—Hoy no hay muchos, John; pero hace un rato he visto algunos fardos detrás del coche, y aunque tal vez sean más molestos, producen mucho más; no podemos, pues, quejarnos, ¿verdad? Además, probablemente ya habrás distribuido algunos por el camino ¿eh?

—¡Oh! ¡sí!—dijo John.—Muchos.

—Pero ¿qué es esa caja redonda? ¡Dios bendito! ¡Si es una torta de boda, John!

—No hay como las mujeres para adivinar estas cosas—dijo admirado John.— ¡Nunca lo hubiera acertado un hombre! En cambio, apuesto que si encerráis una torta de bodas en una lata de té, en un barril de salmón escabechado o de cualquier otro contenido poco propio para el caso, al momento dará con ella

una mujer, sin duda alguna... Sí, en efecto, es una torta que he traído de la pastelería.

—¡Y pesa no sé cuánto!... ¡Algo así como... cien libras!—exclamó Dot, realizando grandes esfuerzos para intentar levantarla.—¿Para quién es, John? ¿A dónde va?

—Lee el destino en el otro lado—respondió el trajinero.

—¡Cómo! ¡John! ¡Cielo santo! ¡John!

—¡Eh!... ¡Quién lo creyera?—objetó éste.

—No me dirás—prosiguió Dot, sentándose en el suelo y moviendo la cabeza al mirarle,—que es para Gruff y Tákleton, el comerciante de juguetes...

John expresó una seña afirmativa.

La señora de Peerybingle la repitió lo menos cincuenta veces con la cabeza; pero en ella no era afirmación, sino una seña de sorpresa muda y muy compasiva. Durante todo ese tiempo, contraía ella los labios y les imprimía una muequcita para la cual no estaban seguramente hechos, y continuaba dirigiendo al bueno del trajinero una mirada distraída, pero penetrante. Por su parte, miss Slowboy, que tenía un talento maquinal para reproducir restos de conversación corriente a fin de divertir al nene, aunque despojándolos de todo sentido y poniendo en plural todos

los substantivos sin excepción alguna, preguntó en voz alta al rorro «si realmente los Gruffs y los Tákletons, los comerciantes de juguetes, irían a las pastelerías para recoger las tortas de bodas, y si las mamás sabían reconocerlos bien en las cajas cuando los papás los llevaban a las casas.» Y así, sucesivamente.

—¿Y crees que llegará a efectuarse de veras esa boda?—preguntó Dot—¡Dios mío! ¡Si ella y yo íbamos juntas a la escuela, de niñas!

John iba a pensar en ella, en la época en que era pequeña y acudía a la escuela: en poco estuvo que lo pensase. La miró con aspecto de satisfacción soñadora, pero se limitó a eso, y no dijo una palabra.

—¡Y es tan vis:jo éll!... ¡Tiene tan pocos puntos de contacto con ella!... Di, John, ¿cuántos años te lleva Gruff y Tákleton?

—¿Cuántas tazas de té bebería yo en una sesión, esta noche, más que las que bebería en cuatro sesiones Gruff y Tákleton?... He ahí el problema...—respondió jovialmente John, al tiempo que acercaba la silla a la mesa redonda y atacaba al jamón.—En cuanto a comer, Dot, como poco; pero ese poco lo como a gusto.

Esa era frase obligada de John a cada

comida, una de esas ilusiones inocentes ya que su obstinado apetito no dejaba de desmentirla seriamente. Aquella vez, ni siquiera provocó una sonrisa en labios de la mujer que, en pie, entre los bultos, empujó lentamente con su piececito la caja de la torta de boda, sin tan siquiera mirar, aunque tuviera los ojos bajos, su precioso zapato, del cual se cuidaba generalmente mucho. Absorta en su éxtasis, permanecía allí, de pie, no pensando ni en el té ni en John (aunque éste la llamaba y golpeaba con el cuchillo en la mesa para llamarle la atención), hasta que al fin se levantó él y la tocó en el brazo; entonces miróle él un momento y fué corriendo a ocupar su puesto en la mesa, al lado de la tetera, riéndose de su negligencia. Pero ya no era la misma risa que antes; el tono es lo que forma la música.

También el grillo había callado. No sé por qué dejó de tener aquel cuartito su fisonomía alegre. Ya no era el mismo.

—¿De modo que ya están todos los paquetes, John?—dijo Dot, rompiendo un prolongado silencio que el honrado trajinero consagró a la demostración práctica de una parte de su frase favorita, probando al menos que comía a gusto lo que comía, aunque no fuese posible estar de acuerdo con él respecto

a que comiera poco.—¿Conque aquí están todos los paquetes, John?

—Todos—dijo John.—Mas no... confieso...—añadió, dejando cuchillo y tenedor en la mesa y respirando profundamente;— ¡confieso... que... había olvidado por completo al señor viejo!

—¿El señor viejo?

—En el coche—dijo John.—Estaba dormido en la paja la última vez que le he visto. He estado dos veces a punto de recordarlo, desde que he venido; pero se me fué de la cabeza... ¡Hola! ¡eh! ¡de pie! ¡levántese! ¡ya hemos llegado!

John pronunció las últimas palabras fuera de la puerta, adonde se había precipitado con la luz en la mano.

Convencida miss Slowboy de que ese nombre de *señor viejo*¹ ocultaba algún misterio, y asociando en su imaginación, desquiciada por creencias supersticiosas, ciertas ideas de naturaleza poco tranquilizadora, quedóse tan turbada, que se levantó a escape de la silla baja, que estaba junto al fuego, para ir a buscar protección tras las faldas de su ama. Y como, en el momento de pasar por la puerta, tropezó con un anciano desconocido, echósele instintivamente encima, dándole una estocada con la sola arma ofensiva que tenía a mano. Y como

1) Apodo que en Inglaterra se da al demonio.